

CEDEÓN

ES EL PERIODICO DE MENOS CIRCULACION DE ESPAÑA

SUSCRIPCION: Trimestre: España, 1 peseta: Extranjero, 1,50 francos. Pago adelantado.

NUMERO SUELTO 10 céntimos

Dirección: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—Administración: SERRANO, 65

AÑO XI

MADRID, DOMINGO 29 DE OCTUBRE DE 1905

NUM. 518



EL VIAJE PASADO POR AGUA

(EL DUO DE LOS PARAGUAS)

AMBOS.—¡Y NO SERIA MUCHÍSIMO MEJOR

CERRAR UN PARAGÜITAS DE LOS DOS,

Y ASI JUNTITOS

Y AGARRADITOS

MARCHARNOS A LA CONFERENCIA DE MARRUECOS?



ANUNCIOS INCOBRABLES



LA ENFERMEDAD DEL SIGLO

Este es el nombre que uno de los más sabios médicos de París ha dado á la *condecoratura*, ó sea la pérdida constante de importancia que experimenta el ministro que ha sufrido muchos disgustos, que ha cometido excesos marítimos en su juventud política, ó que ha hecho trabajar mucho en ilusiones á su cerebro. Esta enfermedad conduce rápidamente al decaimiento ministerial, á la anemia del entusiasmo, á la manía persecutoria del gran cordón de la Legión de Honor, si no se reintegra al organismo la gracia ó merced que se ha pedido, ó mejor aún, no se ha otorgado. *Las gotas monteriales del doctor D. Eugenio Dulcamara*, que tantas crisis están remediando, es por la *nominaina*, ó sea por el *presupuesto concentrado liberal* que contienen. En esto está el secreto. Por su *nominaina*, son el único reconstituyente, el más poderoso y el más inofensivo de la cartera y de la médula.

Si tenéis una contrariedad del orgullo, si os cansáis luego de mirar á Weyler condecorado por Loubet, si sufrís impotencia, si os sentís enojados por ciertas deferencias, si estáis aburridos de vuestro Ministerio y no sabéis qué hacer, y si todos los sueltos oficiosos no pueden restaurar vuestras pretensiones y despertar la atención de las gentes, acudid, aunque os repugne al paladar, á la *nominaina*, que sobre todo á primero de mes resulta muy agradable de tomar. Esta es la base de las *Gotas monteriales del doctor D. Eugenio Dulcamara*, y antes de dos meses os sentiréis renacer á una Villanueva vida de floreciente salud y como si nada os hubiere ocurrido.

Es cosa corriente en Galicia, al ver á un hombre sano, robusto y con la fuerza y ardor del que cobra del Presupuesto, decirle: ¿Toma usted las *Gotas monteriales del doctor D. Eugenio Dulcamara*?

En Madrid sobre todo, son muy conocidas en el Ministerio de la Gobernación, Ayuntamiento, Presidencia del Tribunal Supremo y en otras muchas partes.

Pedidlas y os convenceréis.

Para Melilla y Ceuta

Directamente y sin escalas, no se sabe cuándo saldrá, ni en qué mes, el vapor

VIVILLO

que sigue admitiendo viajeros y mercancías facturadas y sin facturar, desde cualquier punto de Andalucía y sin competencia posible.

RAYOS X

...Un reconocimiento con los *RAYOS X*, siempre resulta útil, porque puede conocerse lo que hay dentro de *SANCHEZ ROMAN, GONZALEZ DE LA PEÑA, WEYLER...*, y al mismo tiempo si tienen algún cuerpo extraño al de Montero Ríos en el interior de su organismo ministerial.

Con estos rayos sabría la gente á qué atenerse sobre muchas cosas, aunque provisionalmente se lo figura.

ESTABLECIMIENTO MÉDICO DE CALÍNEZ

VA A LOS MINISTERIOS SI SE LE LLAMA

SOLUCION LOUBET

al Precaucianato-acorazado por la escolta y tal

El remedio más eficaz para curar las PLANCHAS DE LA POLICIA las BOMBAS RECIENTES Y ANTIGUAS las BRONQUITIS POR VERLO

Solución Loubet. Se envían bandos á provincias y pases especiales. J. Ruiz Jiménez, Madrid.

SOLUCION SANCHEZ ROMANA

de Feliperofosfato de tal, cerdosotal, voluminal y Hervina, 2 pesetas fresco.

Es la combinación menos racional y científica para curar los catarros diplomáticos, tratados en su primer y segundo grado, las ententes recientes, la conferencitis crónica, la debilidad en general.

DE VENTA EN TODAS LAS BOTICAS

Enjuagatorio jurídico del autor, calle del Pez-espada, núm. 20 y Arenal, 15
2 PESETAS FRESCO

NI FRIO NI CALOR

Burletes muy visibles autorizados para uso de periodistas españoles y extranjeros, recomendados por el gobernador civil. Burletes con su correspondiente distintivo.

¡Guerra al friol!
¡Duro á los del burlete!

MINISTERIO DE GOBERNACION

LA VILLA DE MADRID

MINISTERIO DE GOBERNACION

Verdaderas preciosidades en escudos de fantasía con banderitas francesas y españolas.—Las más altas cursilerías en combinaciones alegóricas.—Grandes talleres en los entresuelos para toda clase de confecciones y programas, dirigidos por el joven maestro García Prieto, cortador de la Casa Montero y C.^a—Hermosa y vastísima Exposición de percalinas de lo más sufridito para homenajes.—Precios para todas las fortunas.

Pídase un esendito como muestra.

LOURIZAN EN MADRID

Se habla gallego.

JUEVES DE GEDEÓN



Mira, Calínez: no se te ocurra, por nada de este mundo, proclamarme jefe de Estado. ¡Qué aporreo de vida! ¡Pobre Mr. Loubet, cómo debió llevar los respetables huesos!

—También oyó grandes ovaciones é innumerables «vivas».

—Sí, eso es verdad; el entusiasmo del pueblo le siguió por todas partes. Pero ¡oh dolor! Calínez, el Presidente de la República francesa no pudo, en cambio, satisfacer uno de sus deseos más vivos, tal vez el que más le aguijó para venir á España.

—¿Cuál, Gedeón?

—¿Cuál ha de ser, Calínez? El de contemplar los reposteros de nuestras casas grandes. Los reposteros, ¿sabes tú? esos reposteros maravillosos hechos de trapitos viejos. ¡Mira tú que pasarse dos noches en el tren en su viaje á Madrid y no ver los reposteros de la alta aristocracia española! Pergaminos sí, en todas las funciones de gorra, ó sea de gala; pero reposteros, lo que se dice reposteros, ni uno. Bien lo han hecho notar diferentes cronistas; nuestras casas grandes no han colgado sus trapitos viejos, nuestras casas grandes no han querido contribuir á la brillantez de los festejos presidenciales con la exhibición de sus preseas weylerianas. Loubet estaba desconsolado, Rouvier se tiraba de los pelos. Y si siquiera hubiesen visto frailes... Pero tampoco; dos en El Escorial, por puro compromiso. ¡Ni reposteros ni frailes! Así es que toda la alegría del agasajo popular se les aguaba con ese desengaño.

—Ellos se tienen la culpa; que no pertenecieran, como pertenecen, á una República poderosa y rica, y verían á todo pasto frailes y reposteros. ¡Pues hombre, no faltaba más sino que esos republicanotes radicales, además de gozar de todos los lujos, las comodidades y los placeres de la civilización, tuviesen también reposteros como nosotros! ¿Tenemos nosotros Colonias? Ni del tamaño de una lenteja. Pues ellos sí las tienen, y abundantes y prósperas. ¿Tenemos nosotros una Marina poderosa? Ni siquiera ministro débil. ¿Tenemos nosotros comercio floreciente? ¿Tenemos nosotros industria envidiable? ¿Tenemos nosotros, en suma, grandes riquezas y grandes progresos? Pues anda, ya que lo tienen todo, que se queden sin ver nuestros reposteros y nuestros frailes. Alabo, por consiguiente, la decisión de aquellas ilustres personalidades que no quisieron colgar en honor de Loubet sus trapitos gloriosos, y me compla-

ce muchísimo que el Presidente no haya tropezado en su viaje por España más que con dos frailes. Aparte de que todos los demás estarían en el refectorio, y ya sabes que á esas ascéticas personas se les puede interrumpir todo, menos la comida.

—No, si en el fondo, querido Calínez, pienso yo lo mismo que tú. El entusiasmo popular despertado por la presencia entre nosotros del honorabilísimo Presidente, no se hubiera destacado con todo su brillo y su potencia á faltarle esa nota esquiva de la llamada alta aristocracia. No sé yo de qué augusta materia están formados los utilísimos representantes de esa clase, que cuando ellos no se ponen de esquina, por acto ú omisión, con el sentir del pueblo, es que anda éste equivocado y confuso. Recuerda los sinsabores que le proporcionaron al rey D. Amadeo durante su corto reinado, y ve después cómo todo el mundo reconoce las altas prendas, la valía imponderable de aquel caballeroso monarca. ¡Pues de fijo que tampoco le colgaron reposteros en su camino! Cuando los veas, por tanto, aparecer en los grandes balcones de nuestras casas grandes, échate á temblar por la suerte de España: es que nos sucede alguna desgracia. Y demos ya de mano á tales minucias, y puesto que Loubet nos abandonó entre agasajos y ovaciones públicas, echemos una miradita á nuestra casa política, á nuestra pequeña casa de vecindad, sin más trapos gloriosos que los pantalones de D. Valeriano. Ya sabrás eso de la crisis.

—Calla, hombre, parece cosa de chiquillos; una crisis por un cordón, *cordón de Valencia, dónde vas, amor mío*, gran Villanueva. Lo cierto es que yo no pensé, cuando vino al Gobierno el anciano D. Eugenio, que nos iba á gobernar jugando al corro, como las mozuelas en el Prado. ¡Qué poca formalidad tienen ahora las personas mayores!

—Bueno, eso del cordón es casi, como lo indica su nombre, una especie de funda para envolver los verdaderos motivos del conflicto ministerial. Villanueva se habría ido del Gobierno aunque le hubiesen dado, no uno, sino dos docenas de cordones, y de los más grandes, de los que usaba en las solemnidades un hombre público muy llorado por nosotros y que sentía debilidad por tales adornos. Villanueva, amigo mío, no puede resistir á Echegaray.

—¿Pero va tanto al Español?

—No, no puede resistir á Echegaray como hacendista.

—¿Qué afán de llevarle la contraria al público!

—Tenía el pensamiento, no de comprar, como se ha supuesto, numerosos barcos de combate, sino de echarles tapas y medias suelas á los pocos que nos han quedado. Era, pues, un ministro de obra prima, y aun á esos modestísimos trabajos les puso el veto D. José, á pretexto de que no tenemos dinero ni para tapas.

—¡Dios mío!

—Veo, por tu exclamación, que te preocupa nuestra precaria suerte.

—No, es que ha pasado ante mis ojos la imagen de Weyler desnudo. Si no nos queda dinero ni para reformar las cosas viejas, Adán va á enseñar las carnes en el Ministerio de la Guerra. ¡Dios mío, Dios mío, aparta de nuestros ojos tales visiones! ¡Desnudo debe estar peor!

—E imagínate la desesperación de Villanueva viendo que Echegaray le negaba hasta un balde de pintura, de esa pintura que tanto se ha derrochado últimamente en Madrid. El ministro se rompía los cascos, como si tuviera dentro todos nuestros búques, pensando en la manera de salir del atolladero, y convencido de que el asunto no tenía solución, aprovechó que á Weyler se le concediera el gran Cordón de la Legión de Honor para abandonar el Ministerio.

—Hombre, ¿pues no quería reformar cosas viejas? Entonces, ¿por qué le disgusta tanto que le pongan un cordón nuevo á D. Valeriano? No veo la lógica de Villanueva.

—Y lo peor en esto de la crisis, es que cuando se empieza á tirar del cordón no sale un ministro solo. Detrás de Villa va parece que se larga Sánchez Román.

—¿Qué peso se nos va á quitar de encima!

—Y aun hubo rumores de crisis total.

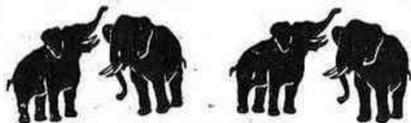
—¿Crisis total por el cordón de D. Valeriano? Está visto que ese hombre no puede estrenar nada. Se planta un cordoncito nuevo en el traje que ya era viejo cuando tomó su dueño la primera comunión, y se hunde todo el Gabinete democrático. Ahí tienes explicada su afición á las ropas viejas. No es codicia, ¡es patriotismo! Pero aún no asamos, y ya pringamos; aún no se ha constituido el Congreso, y ya piensa D. Eugenio en soltar el Poder; no le creí yo tan desinteresado.

—Es que á nuestros hombres públicos se les juzga muy mal. Aquí creemos, por ejemplo, que en cuanto cualquier político pesca, no una cartera, sino una simple subsecretaría, como Fernández Latorre, pongo por caso, ya no se harta de chupar la breva. No, señor, no es así; les gusta también mucho que otras personas les imiten.

—¡Admirable altruísmo del interesado!

—Y como Fernández Latorre que te he puesto de ejemplo, son todos en la situación gobernante. No extrañes, pues, Calínez, que el mejor día nos abandone Montero Ríos con todos sus yernos, diciendo heroicamente: «¡Ahora le toca á otro!»

—Terrible sería el caso, Gedeón; pero espere-mos los acontecimientos.



Cancionero gedeónico

Como hace tan pocos días
que el Presidente marchó,
aún de tan franco entusiasmo
queda un poco de calor...
¡Bien los lazos consabidos
apretamos, vive Dios!
¡Él quiera que no se aflojen
y nos hagan buena pró!
Si á la par con las pesetas
los francos vienen á nos,

y á nuestro gusto quedarán
los asuntos *du Maroc*,
memoria dejaba el viaje
del simpático señor...
Resulte, en fin, lo que quiera,
fué soberbia la ovación
y espléndidos los festejos
celebrados en su honor,
salvo los vasos con velas
que en nuestra Puerta del Sol
lucieron un par de noche
con escasa entonación...
Madrid se puso de gala
con un traje tricolor,
y durante cuatro días
completos, se afrancesó.
Se afrancesaron las calles
desde el arroyo al balcón,
¡y hasta la clásica esfera
del legendario reló
que bajo la bola ocupa
su sitio en Gobernación!
Nos afrancesamos todos
con afecto y sin temor,
desde el alcalde hasta el guardia,
desde el amo hasta el *garçon*.
Y oportuno como siempre,
patriótico y *comm'il faut*,
lanzó ¡en francés! sus ladridos
el perrito de Gedeón...
No ladró *guau, guau*, señores,
que dijo al ladrar: *Gui-ó, gui-ó...*



«¡Se aguaron los festejos...! ¡Menos mal...!»

Así grita con júbilo infantil
el siervo obscuro, pío é incivil,
ó—dicho de otro modo—el clerical.

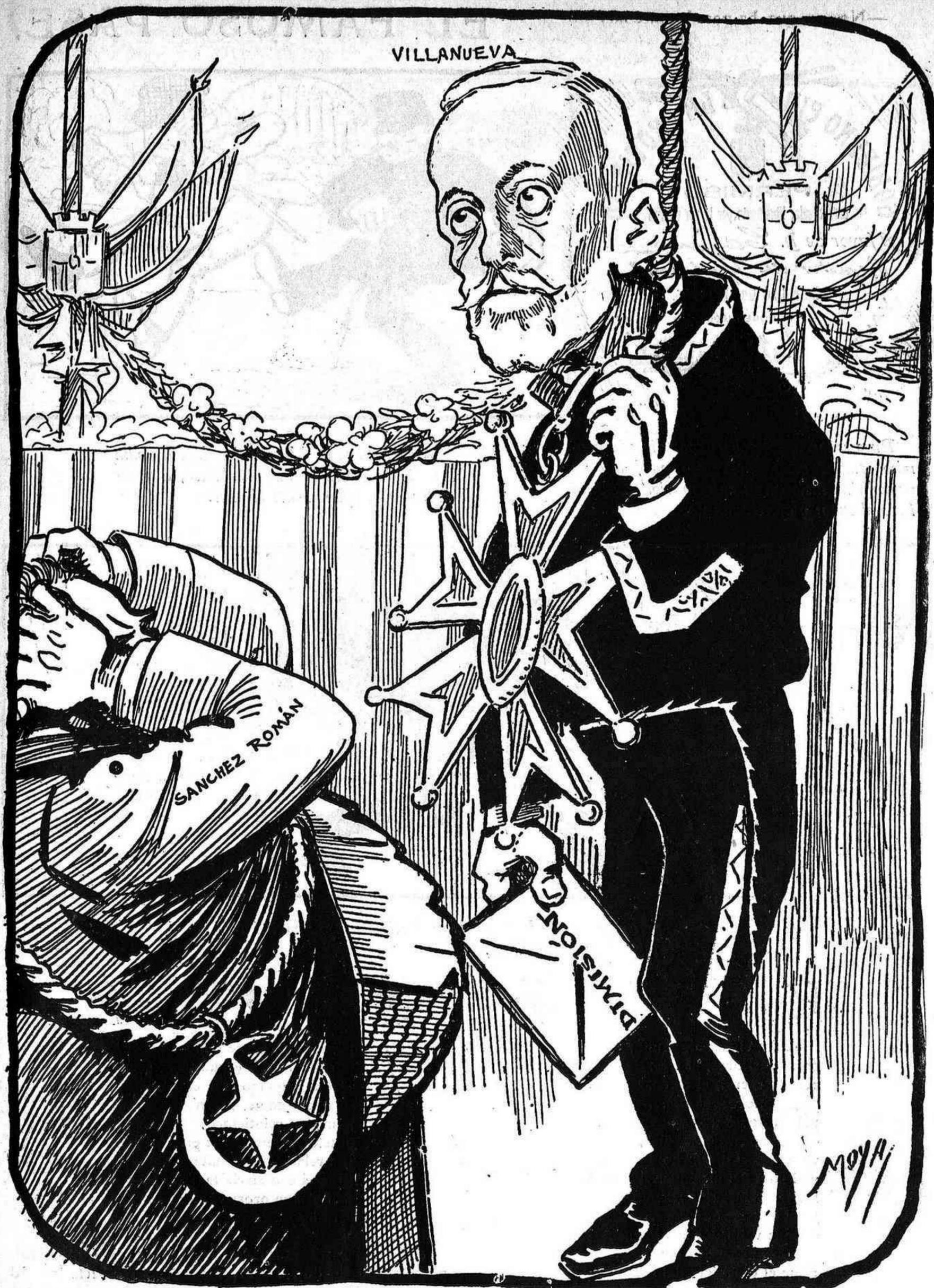
«Fué un castigo, el llover, providencial,
y tras ese, esperemos otros mil...
¡Que el cielo siempre se presenta hostil
á toda propaganda liberal...!»

¡Fanático infeliz, no hagas *el bú*,
ni exageres tu místico papel
disfrazando á la nube de aguador...!

¿No ves que con paraguas va Luzbel
y que te mojas en la calle tú...?
¿Dónde está la venganza del Señor?



Festejando la llegada
de nuestro amigo Loubet,
se han europeizado todos
los tranvías de alquiler.
Ya no habrá que abrir el ojo
para mirar al cartel...
¡Su número todos llevan,
que se destaca muy bien!
Son, en total, veinticinco
los tranvías de la red,
y hay que aprenderse la lista
ó apuntarla en un papel.
Complicadillo resulta,
¡pero qué le hemos de hacer!
Así sabremos á escape
nuestro tranvía cuál es,
y evitaremos la plancha
cuando nos llegue la vez...
Para acordarme de algunos
que tomo durante el mes,
me hice este monologuito
que le recomiendo á usted.

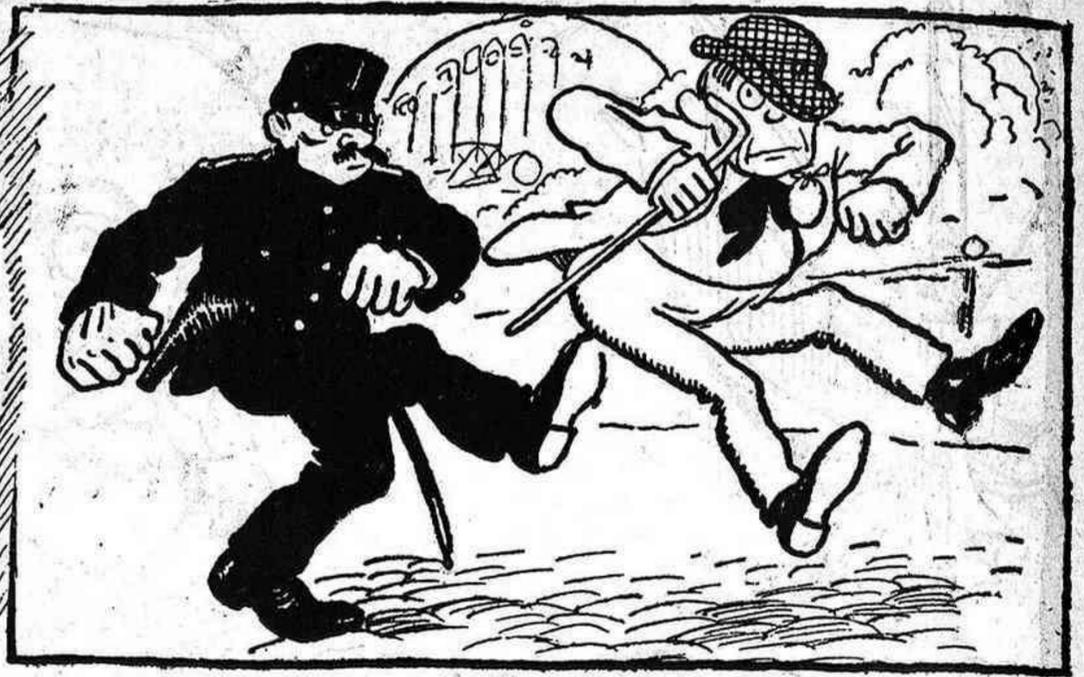


CRONICA DE SUCESOS

NUEVO SUICIDIO DEL ALMIRANTE VILLENEUVE

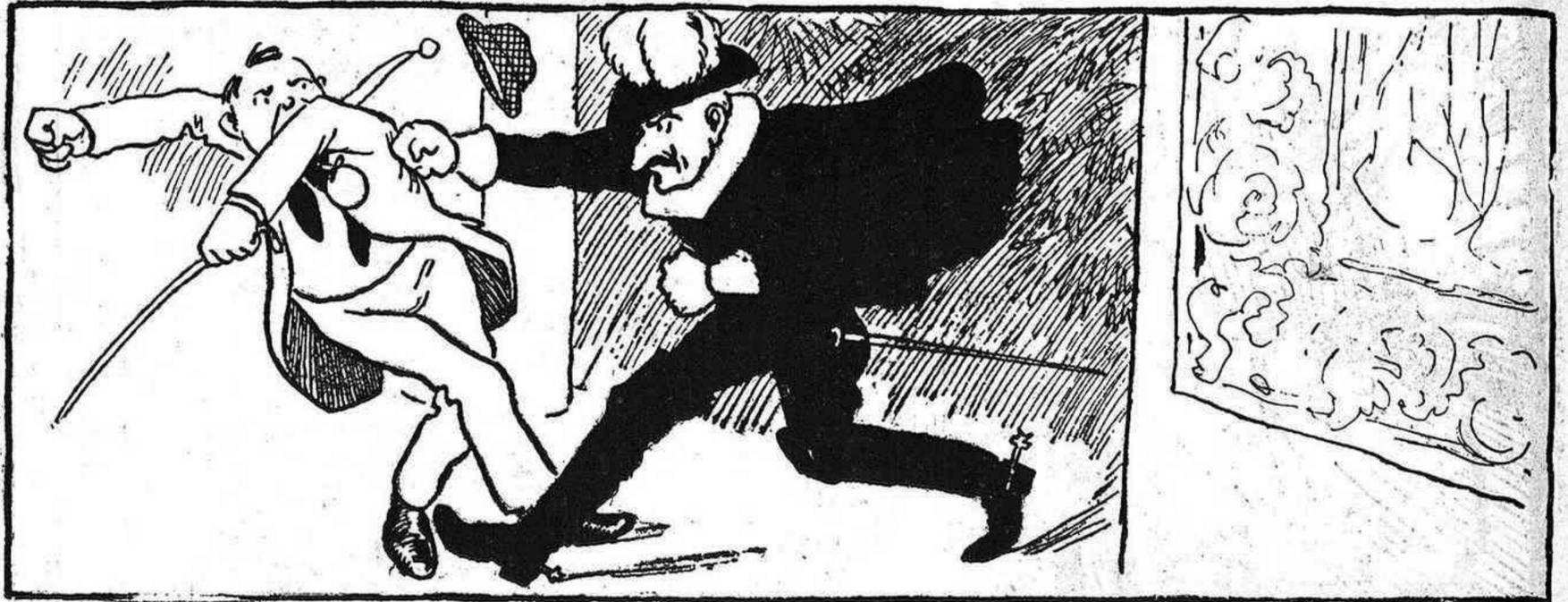
«El almirante Villanueva, que ya se había suicidado por la derrota de Trafalgar, ha vuelto a suicidarse ahorcándose con el Gran Cordón de la Legión de Honor. Este terrible suceso ha impresionado al Sr. Sánchez Román, el cual, según se dice, no sabe qué hacer con el Gran Cordón que le ha enviado el Sultán de Turquía, y ahora puede que lo aproveche. Por nuestra parte, que los entierren juntos.»

EL FAMOSO PASE.



Pues señor... El gobernador dió este permiso completamente gedeónico para que los periodistas hicieran su información. Calinez tuvo el suyo; y efectivamente...

Apenas llegado á la estación del Mediodía le prohibieron completamente el paso, á pesar de llevar completamente el pase:



Le arrojaron de la Casa de la Villa, siempre portador del misterioso cartoncito...

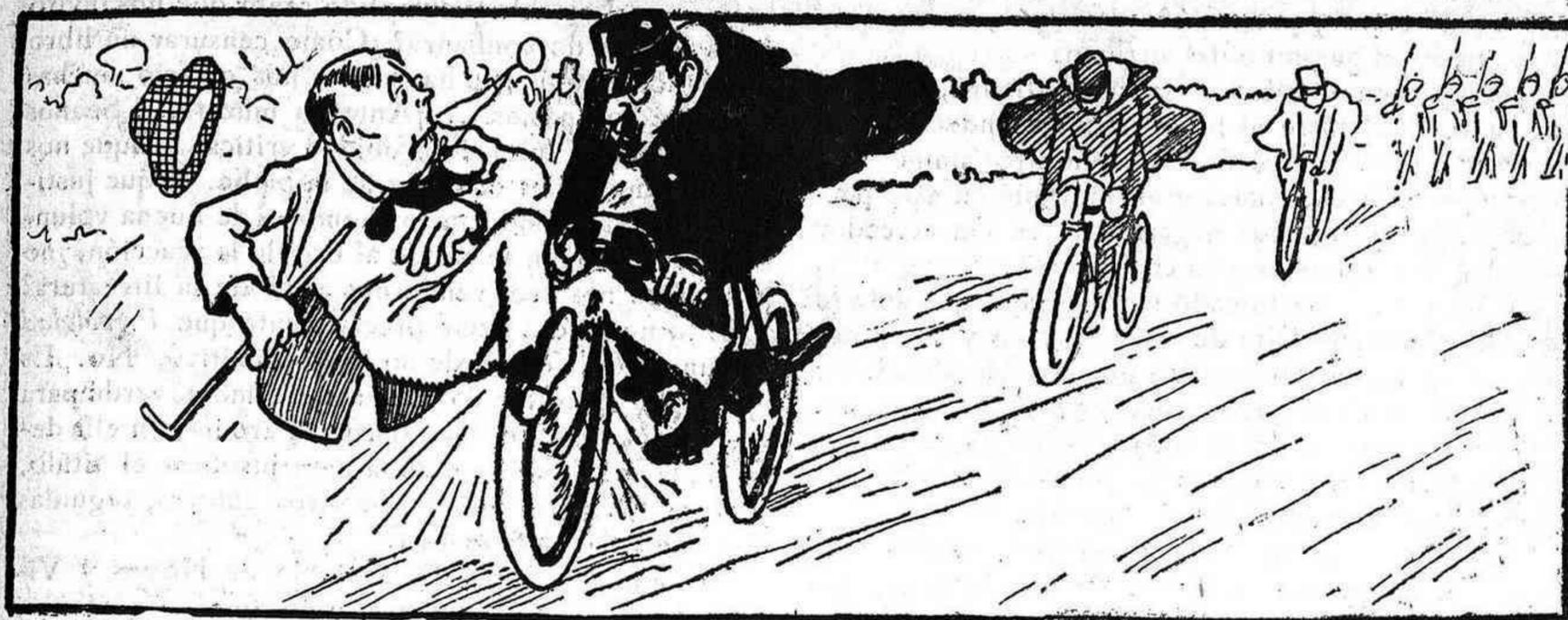


«Para ciudades, el uno;
para escritores, el tres;
como general, el cinco;
para pintores, el seis...
¡Si un dos ó un doce existiera
que se apareara en el diez,
viéramos el dieciocho
y el final del diecinueé...!
De los veinte que tenemos
¿cuál debemos escoger,
aunque veintidós nos lleguen
que nos aconsejen bien?
¡Que el diecisiete del ídem
luzca por el veintitrés
aunque vayamos al siete
corriendo á todo correr!
¡Que no en el trece se meta
ni el hombre más dieciséis!

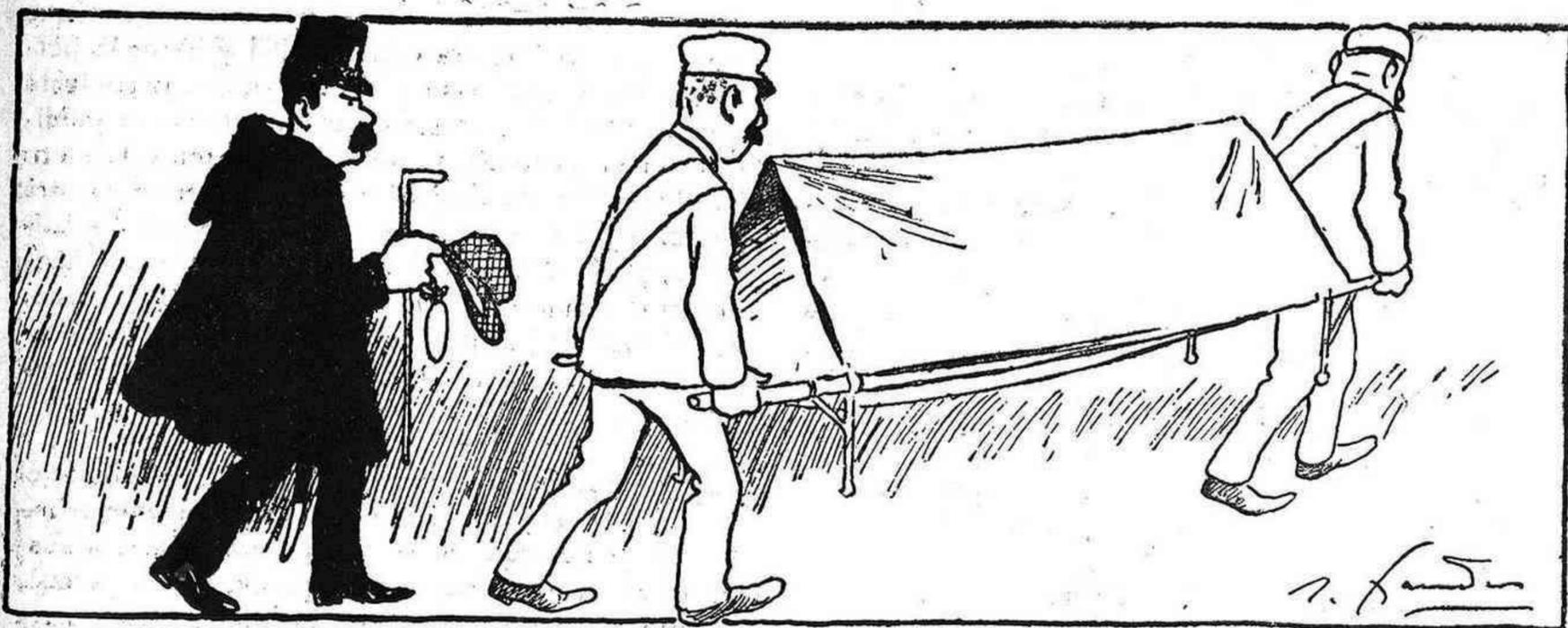
¡Que no te asuste ocho y nueve,
porque nada hay que temer!
Que si seguimos tan equis
sin hacer equis, ¡rediéz!
iremos al veinticinco,
puesto que no existe el cién!»
¿La relación le resulta?
¡Pues á estudiarla también!
Ahí van en prosa los números
para mayor clarité.

1, Salamanca; 3, Quevedo; 5, Pardiñas; 6, Goya (final, por Claudio Coello); 2 y 12, Argüelles; 10, Estación del Norte; 18, Progreso; 19 (final), Prosperidad; 20, Cuatro Caminos; 22, Embajadores; 17, del ídem, Sol, Progreso; 23, Puerta de Toledo; 7, Hipódromo; 13, Noviciado; 16, Pacífico; 8 y 9, Bombilla; X, Reservados y maniobras; 25, Leganés.

O CALINEZ REPORTERO



En el campamento de Carabanchel no le permitieron entrar, á pesar de que ostentaba el «permiso»....:



Y al fin le llevaron á casa en una camilla, con su correspondiente «pase», por supuesto... ¡Por algo es la Prensa el cuarto poder del Estado!



Los chicos del Ministerio.

Las disensiones habidas en el hogar del Gobierno han tenido un prudente aplazamiento en los anteriores días, dedicados al homenaje de Mr. Loubet.

Los rencores latentes se han contenido ante el que dirán.

—¡Niños!—les suplicó papá D. Eugenio;—¡estáos quietos, que hay visita en la sala!

Y los niños, que andaban por el gabinete tirándose los juguetes ministeriales á la cabeza, aparecieron como hermanitos entrañables, cariñosos, delante del Presidente de la República francesa; con aspecto tímido, como el que no ha roto un plato de la vajilla del Gobierno.

Mr. Loubet, para obsequiarles, tiró á la rebata

unas cruces, y allí fué ella: á empujones y á puñetazos se las disputaron como si fueran dulces.

¡Cosas de niños!

Sobre todo, el ministro de Marina y Weyler dieron un espectáculo deplorable, y aunque intervino papá Montero, maldito si le hicieron caso.

Por fin el Gran Cordon se lo llevó Weyler, después de causarle algunos chichones á su compañero Villanueva, que rabioso pataleaba en el suelo, exclamando:

¡Yo chero el Cordon! ¡Yo chero ese Cordon! ¡Que me lo den! ¡Que me lo den!

Y como los niños indómitos, se revolcaba en el despacho de su Ministerio, estropeándose el uniforme nuevecito.

¡Vaya una perra que cogió la criatura!

¡Ni con los azotes de la crisis se le ha pasado!

Esto de las cruces trastorna las inteligencias mejor equilibradas y seduce á los hombres, como atrae a los peces el gusanillo del anzuelo.

¡Ahí tienen ustedes al gran Battistini, que ha cantado *El Barbero* al higuí de una condecoración!

¡*Per l'onore!* exclusivamente. Nuestro amigo Gedeón no ha hecho nunca gran hincapié en este particular, ¿y quién puede negarle que es tan acreedor á una gran cruz como otro cualquiera?

Villanueva lo ha tomado tan á pecho, que ante lo que él estima una falta de consideración y una notoria injusticia, ha manifestado su deseo de abandonar el Gabinete, en el que se encuentra muy incómodo.

Y á la hora que escribimos estas líneas, la rabieta del ministro preterido en la gracia del Cordón ha puesto en movimiento á toda la clase.

Las disciplinas de papá Presidente no han sido bastante para hacerse respetar, y los chicos del colegio, revueltos y en pleno motín, cogiendo sus carteras, las han tirado por el aire.

Y lo que ocurre siempre en estos casos: pagan justos por pecadores.

A Sánchez Román y González de la Peña, que no se han metido en nada ni se han movido de su banco, es posible que los dejen para Septiembre.

Por lo pronto, á D. Felipe le han castigado quitándole el postre de Marruecos y el viaje á Berlín y á Viena.

También se dice que á Echegaray le darán permiso para ir al Español por las noches, pero á condición de no volver al colegio del Presidente, que está dispuesto á castigar á toda la clase por lo díscolos que le han resultado algunos ministros de primera enseñanza.

¡Qué lástima que Mr. Loubet no haya presenciado este último número de los festejos!

¡Una crisis á la española! ¡Ya tiene que ver!

Y que no han tenido la atención de aguardar unos días.

Esto, más que crisis, ha sido un apretón.



¡El papel vale más!

(NOTAS BIBLIOGRÁFICAS)

El Sr. D. Antonio de Hoyos y Vinent nos envía su nueva novela *Frivolidad*, con afectuosa dedicatoria... El Sr. D. Antonio de Hoyos y Vinent es un joven aristócrata que gasta monóculo y que se dedica al inocente cultivo de las letras, publicando de cuando en cuando alguna novelita, sin pensar en sus rendimientos; por amor al arte, vamos al decir... Por amor al arte también, el Sr. D. Antonio de Hoyos y Vinent reunía hace algún tiempo en su casa á los escritores jóvenes, obsequiándoles con té y sus anexos, como pretexto para hablar de la vaga y amena literatura.

Muy interesantes eran aquellas reuniones, á las que asistían también lindas é inteligentes muchachas, doña Erailia inclusive... *Monte-Cristo* habló de ellas en sus imponderables crónicas de sociedad, y el propio Gedeón las aludió en más de una ocasión como admirador y como invitado.

¡Sólo al recordarlas se nos hace la boca té...! ¿Cómo hablar mal de la novela *Frivolidad*, si su autor es aquel amable y cumplido señor que nos invitó á sus viernes de confianza? ¿Cómo censurar un libro en rústica, si quien lo ha escrito nos ofreció muchas veces té con pastas...? ¡Antes la muerte...! Séanos permitido esta falta de probidad crítica, aunque nos exponamos á las censuras de la plebe. Y que justifiquen nuestra conducta los hombres de buena voluntad. Si hay quien se vende al oro de la reacción, ¿no podremos nosotros vendernos al té de la literatura?

Esto no quiere decir precisamente que *Frivolidad* sea una novela digna de un *palo* definitivo. No. Es apreciable, entretenida y lo suficientemente verde para que pueda leerse en todas partes. Pero hay en ella demasiada frivolidad, sin duda para justificar el título, y se adivinan las huellas de otros autores, seguidas con demasiada admiración.

Perdónenos el Sr. D. Antonio de Hoyos y Vinent ese pequeño desahogo, y no tome por él ningún disgusto. Perdónenos también que nos olvidemos de su amabilidad constante, de su monóculo clásico y de sus *tés* legendarios, para decirle cuánto nos desagrada el abuso del galicismo de que hace ostentación en su novela. Nosotros le perdonaríamos alguno que otro si los distribuyera con equidad y aseo; le perdonaríamos también las cuatro citas que pone delante de su *Frivolidad* como pidiendo permiso para publicarla, citas pistonudas, porque son un verdadero pisto (una de Stendhal, otra de Schopenhauer, otra de *Clarín* y otra de Peladán); le perdonaríamos asimismo, ¡qué demonio!, la colocación en el *Preludio* del famoso soneto *Femme et chatte*, de Paul Verlaine, escrito en francés para mayor claridad... Lo que no le perdonamos, ni le perdonaremos nunca, es el empleo de un «¡helas!» en mitad de un párrafo en castellano.

«¿Que por qué me ocupó más de lo malo?—dice el Sr. de Hoyos justificando su intento novelesco.— ¡Qué sé yo! Porque es más entretenido, más animado, y mi deseo es recrear contando historias, ¡helas!, un tanto galantes, pero nunca groseras, etc. etc...»

Francamente, Sr. de Hoyos, no hay derecho á colocar ese *voquible* cuando se pretende escribir en castellano y aunque sea por amor al arte.



Por amor al arte escriben también Francisco Sánchez Cáceres y Eduardo García Gutiérrez.

A lo menos, así titulan un folletito de versos (!) de 77 páginas, escrito *al alimón*, como si dijéramos.

Por escribir de esta suerte tan recomendable en el arte del toreo, pero no en el de la versificación, la posteridad no sabrá quién es el verdadero padre de cada una de las composiciones escritas *por amor al arte*.

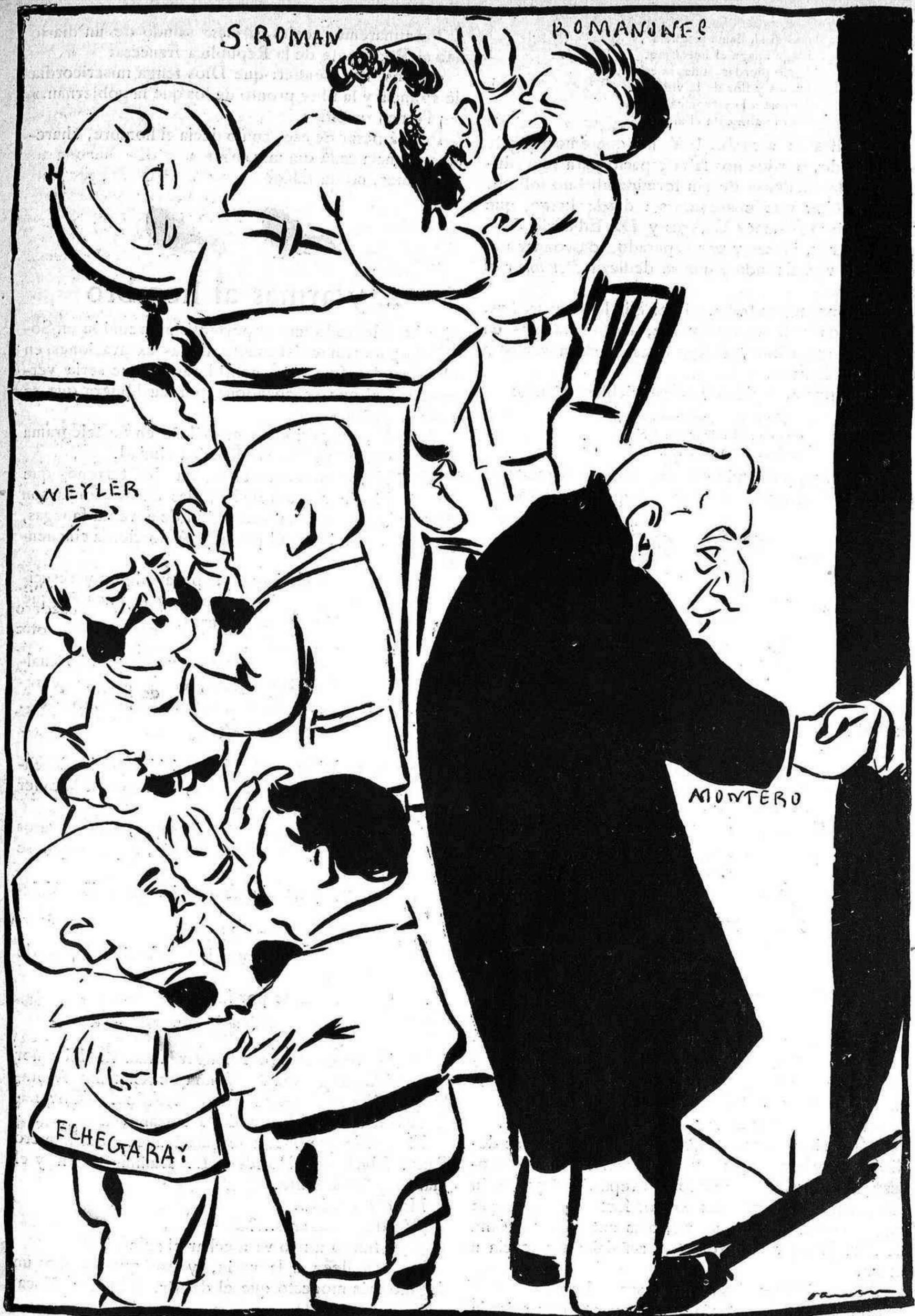
¿A quién corresponde la paternidad de *Avaricia*, que empieza del siguiente modo?:

Dejad mi espíritu que claro vea
sin el fuego voraz de su apetito;
que no sólo su culto siempre sea
gloria inmensa, poder y oro maldito.

¿A D. Francisco Sánchez Cáceres? ¿A D. Eduardo García Gutiérrez?

¿Ha sido D. Eduardo García Gutiérrez ó D. Francisco Sánchez Cáceres quien ha escrito:

Si te sorprende erotismo,
conquista; bello es el lema;



LOS CHICOS DE LA ESCUELA

¡AHORA QUE SE HA MARCHADO LA VISITA, PODEMOS TIRARNOS LOS TRASTOS A LA CABEZA...!

mas si su llama te quemó,
fuego apaga el heroísmo.

No pierdas, niña, la calma,
presea y flor de la vida,
porque á la sierpe escondida
sólo le alimenta el alma.

¡Indescifrable arcano...! Y no queremos seguir preguntando, porque nos falta espacio para reproducir todas las bellezas de tan formidabilísimo folleto.

Ahora bien: puede asegurarse, desde luego, que D. Francisco Sánchez Cáceres y D. Eduardo García Gutiérrez, juntos y por separado, desconocen el arte de la versificación á que se dedican *Por amor al arte*.

Y esto no nos extraña, ni por ello les censuramos. Lo que nos extraña totalmente, hasta sumirnos en un *mar de confusiones*, es que desconozcan también *la persona humana*.

Dicen, por ejemplo, estos apreciables señores:

No temas quedarte calva,
que con el «licor del Polo»
la dentadura se salva.

Y nosotros, pensando en ello, estamos á punto de perder la dentadura; es decir, ¡de quedarnos calvos!



¡Que llueva, que llueva!

Algunos periódicos del tinte y quitamanchas reaccionario insinúan, con el aparente candor que en ellos es característico, que el cielo ha protestado del viaje de Loubet abriendo las cataratas de sus nubes para deslucir los festejos en obsequio del Presidente de la República francesa, y se complacen diciendo: «¡Justo castigo al herejote, atento aviso para esa oveja descarriada!»

Y ustedes perdonarán que insistamos en prosa lo que en otro lugar decimos tirando de soneto.

Y ya dispuestos á sacar partido de todo y á arrimar el ascua á su sardina, aseguran que si el sol dignóse á última hora aparecer en el firmamento, lo hizo como congratulándose de que Mr. Loubet se marchaba de Madrid aquel día.

¡Y vean ustedes en cuán pequeños oficios hacen intervenir á las cosas divinas la gente nea!

Porque eso de inmiscuir á la Providencia en los festejos de Loubet, es deliciosamente admirable.

Mal se avienen esas supuestas protestas de lo divino ante la prosperidad y cada día más floreciente situación de Francia, que cuando así vive y prospera no debe estar tan dejada de la mano de Dios.

Ya sabemos que nunca llueva á gusto de todos.

Y que si no lloviera, los comerciantes que se dedican á la venta de paraguas tendrían razón en protestar muy justamente de lo mal repartidas que están las ganancias en este mundo Por fortuna y para que supiéramos á qué atenernos, días antes de la visita de Mr. Loubet el barómetro señalaba tendencia á lluvia.

Y el barómetro sí que no es sospechoso.

Lo mismo marca lluvia para Loubet, que avisa la oportunidad de unas rogativas en época de grandes sequías.

¡Y cuántas veces coincide el cambio de temperatura con las rogativas!

Terminaremos con el cariñoso saludo de un diario neo al Presidente de la República francesa:

«Adiós, Sr. Loubet: que Dios tenga misericordia de Francia y la libre pronto de los que la gobiernan.»

¡Tienen razón!

Pero á pesar de eso, como decía el hombre, «haremos Francia cada día más firme.»

¿Vamos, no da rabia?



... y armas al hombro

Se ha celebrado una importantísima reunión en Soria para tratar del asunto de las excavaciones en el solar de Numancia, considerando que sería vergonzoso el que se abandone por cualquiera que se llame español.»

Así dice un periódico madrileño en un telegrama de su corresponsal en la histórica ciudad.

Y añade, como comentario, que los terrenos que han de adquirirse para realizar las excavaciones son de labor, alcanzan una extensión de noventa fanegas, y cuestan veintidós mil pesetas. A doscienta cincuenta la fanega.

Triste cosa es que haya que pagar algo por resucitar las glorias nacionales; pero convengamos en que esta resurrección no es muy cara.

¡Veintidós mil pesetas!

Mucho menos de lo que nos cuestan al año cualquiera de nuestros Consejeros, á los cuales no queremos resucitar precisamente, sino todo lo contrario...



Si nosotros fuéramos de la Comisión que ha de entender en esas excavaciones, haríamos á Weyler un delicado presente.

Es seguro que se encontrarán ropas, armas, vasos y utensilios diversos de Numancia, á poco que se hunda el azadón.

Pues bien, ¡uno de esos trajes para D. Valeriano!

¡Y poquito que lo agradecería!

Y así nosotros tendríamos la satisfacción de creerle un numantino...

Aunque sólo fuese por la ropa.



Ha sido propuesto para ocupar la vacante del señor Villaverde en la Academia de Ciencias Morales y Políticas el docto catedrático de la Universidad Central Sr. Alvarez del Manzano.

Firman la propuesta los académicos de número Santa María de Paredes, D. Damián Isern y el marqués del Vadillo.

No digas más...

¿Verde y con asas...?

¡Qué tufillo á neo va á echar el silloncito!

Ya nos llega á la nariz, y eso que tenemos un órgano más modesto que el del Sr. Sánchez Toca.



A pesar de las simpáticas expansiones y del extraordinario trabajo de estos días, algunos de nuestros estimados compañeros en la Prensa han tenido

tiempo para presentarse á Mr. Rouvier y pedirle una *interview*.

El único inconveniente ha sido que Mr. Rouvier no se ha dejado *interviewar*.

¡Qué lástima!

El presidente del Consejo de ministros frances se encerró en una prudente reserva, limitándose á declarar que se llevaba de España una excelentísima impresión.

¡Merci, monsieur le Président!

Sólo dijo una cosa aprovechable, relacionada con la cuestión de Marruecos que tanto nos interesa:

«En lo de Marruecos, preguntadle á vuestro Presidente, al Sr. Montero Ríos, que está tan enterado como yo.»

¡Cielos...! ¡Qué terrible sospecha!

Porque nosotros creíamos—y seguimos creyendo ¡helas!—que el Sr. Montero Ríos no está enterado de nada de eso



A pesar de nuestra creencia, he aquí lo que leemos en un periódico, apresurándonos á reproducirlo en prueba de imparcialidad:

«Asegúrase que después de la conferencia celebrada por los Sres. Montero Ríos y León y Castillo, hay perfecto acuerdo entre el Gobierno y el embajador de París sobre los nuevos aspectos de la negociación de Marruecos, y que el pensamiento de aquél será secundado con todo celo por el marqués del Muni, prestándole su concurso desde el puesto que actualmente ocupa.»

Celebremos este acuerdo perfecto, mientras nos disponemos á buscar otro título que regalar á León y Castillo para que lo disfrute «desde el puesto que actualmente ocupa».

¡Actualmente!

¡Esta actualidad tiene algunos años de fecha y lleva trazas de no terminarse nunca!



Don Eugenio no ha querido ser tan reservado como su colega francés.

Lejos de eso, se ha mostrado tan comunicativo como de costumbre.

Apenas se le acercó un periodista extranjero—el representante de *O Dia*, de Lisboa—el amable anciano satisfizo cumplidamente sus deseos.

Por cierto que sus declaraciones no tienen desperdicio y le acreditan de profundo pensador.

Se refieren á la visita de Loubet, y pueden compendiarse en esta frase que soltó al principio:

«Tales visitas son buenas para suavizar las relaciones entre los pueblos...»

Al conocer este pensamiento genial, Pero-Grullo se ha estremecido de gozo en su tumba...

Y Gedeón ha sonreído satisfecho.



Pobre D. Eugenio!

Ahora resulta que está cansado de la vida... ministerial y que tiene grandes deseos de resignar el mando.

Así lo asegura un periódico bien informado.

El cual añade para tranquilizarnos:

«Ya hubiera dado tal vaso, si ruegos de familia...

no le hubiesen hecho desistir ó aplazar estos propósitos.»

¡Sin que lo juren, lo creo...!
Con qué afanes tan prolijos
le quitarán el deseo
de marchar, todos sus hijos..
¡Los hijos del Zebedeo!



No, no se va Montero.

Pero algunos de sus ministros van á salir tocando soleta inmediatamente.

Es casi seguro que cuando este número llegue á manos de nuestros lectores, los aludidos se encuentren en la obscuridad, de donde nunca debieron surgir.

Se cree que uno de ellos será el Sr. González de la Peña.

Se asegura que otro será el Sr. Villanueva.

Y se tiene por indudable que les acompañará el Sr. Sánchez Román.

Todos los periódicos, sin excluir á Gedeón, tienen noticias fidedignas de estas bajas.

Y uno de ellos—el *Heraldo*—los anuncia en su sección *La vida política*.

¿La vida?

No, hombre, no.

¿La muerte, en este caso!



Derramemos por anticipado, no una lágrima, sino un lagrimón, á la memoria de Sánchez Román.

Un lagrimón es lo más apropiado á su tamaño.

El, á pesar de su enormidad física, ha pasado como una sombra por nuestra Historia.

El ha llenado todo el Limbo político-diplomático, viviendo en la santa ignorancia de todo, que tanto recomiendan y alaban los filósofos.

Y viene, por último, á justificar el nombre familiar con que se le conoce en los centros oficiales, dejándose sacrificar en estos días precursores de la matanza.

¡Verdaderamente, querido D. Felipe, la política no tiene entrañas!



Se retirará á la vida privada, harto de los desencantos del mundo, para seguir explicando Derecho Civil con arreglo á su libro de texto, no menos voluminoso que su persona?

¿Continuará en la *candente arena política*, á pesar de los disgustos recibidos?

Quién lo sabe, ni quién puede vaticinarlo!

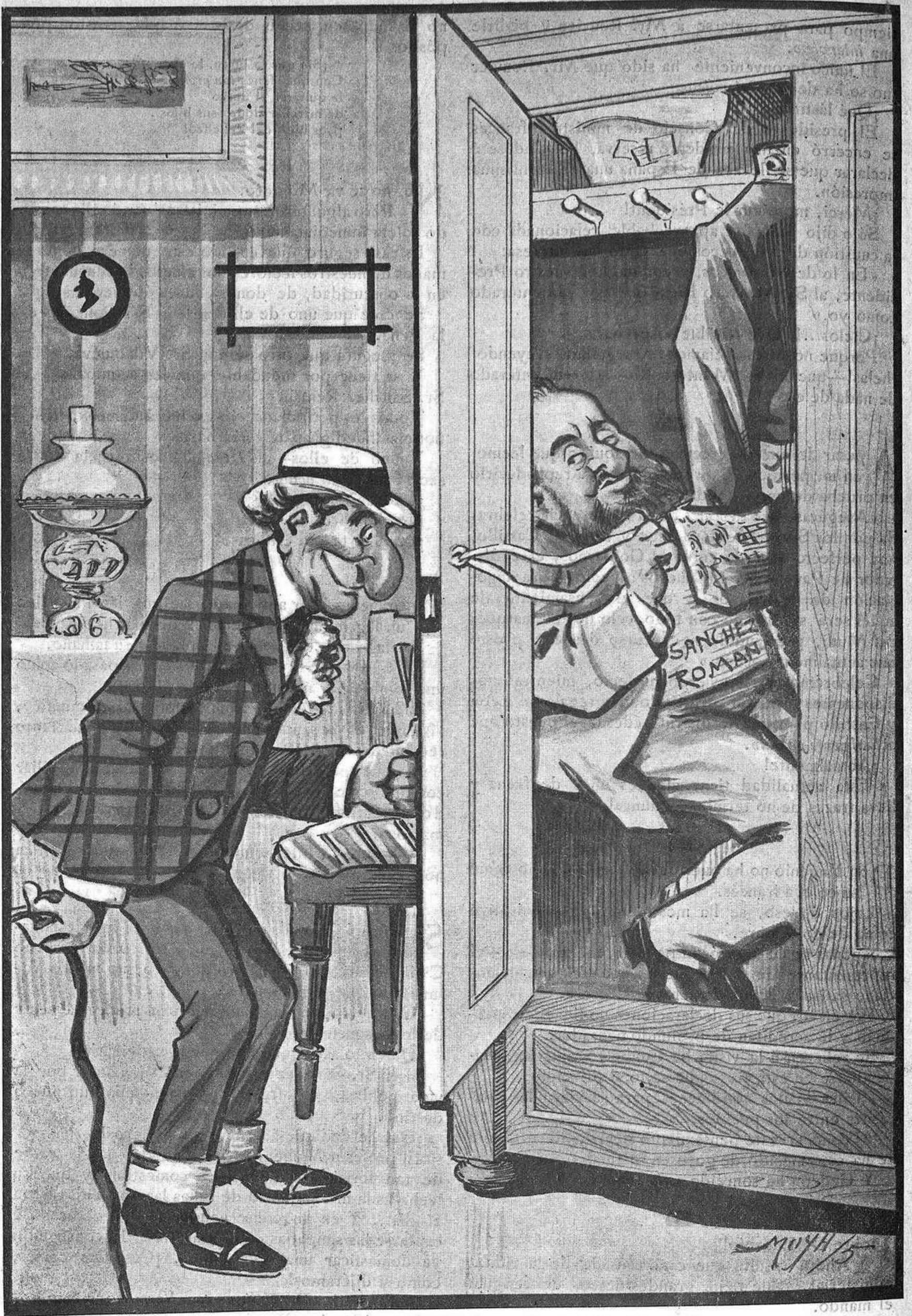
Si el Sr. Sánchez Román siente aún amor por la vida pública, nosotros le recomendamos un nuevo destino.

¡Que se dedique á domesticar ballenas!

El profesor Muller (?) ha descubierto que la carne de tan formidable animal es comestible y que su leche es la más nutritiva de todas las conocidas hasta el día... Y en su consecuencia, se ha dedicado á captarse las simpatías de las ballenas y ha conseguido ya domesticar unas cincuenta... ¡Casi dos corsés, como si dijéramos!

Imite, imite D. Felipe tan hermoso ejemplo...

El Sr. Sánchez Román, presentándonos una ballena amaestrada, nos gustaría más, ¡mucho más que desempeñando la cartera de Estado...!



EL ACREDITADO DON FELIPE

GEDEÓN.—SALGA USTED. SALGA USTED, SEÑOR SÁNCHEZ ROMÁN... QUE YA SE HA MARCHADO LOUBET